



Arturo Reyes

El Niño de los Caireles

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Arturo Reyes

El Niño de los Caireles

- I -

La aparición de Isabelita la Rocío en el Huerto de los Claveles dio tela que cortar a las hembras más envidiosas del barrio y motivo para que los mozos de más cartel de las cercanías entonaran al unísono un canto en honor de la bellísima unigénita de Rosario la de los Jazmines y de Antoñico el Macareno.

Y entre todos los que entonaron un canto en honor de Isabelita la Rocío, distinguíase por la ponderativa vehemencia con que loaba sus excelsitudes estéticas el Niño de los Caireles, un chaval cuyo semblante hablaba elocuentísimo de su abolengo gitano, con su tez oscura y sedosa, sus grandes ojos de renegreantes pupilas, sus labios gruesos y encendidos, su dentadura nítida, sus anchas cejas, su ligeramente acaballada nariz de flexibles y titilantes cartílagos y con la hirsuta melena que desbordábasele en anillados mechones por bajo de las alas del amplísimo sombrero.

Y como si estas dotes no fuesen bastante a acreditar lo glorioso de su estirpe, distinguíase el más gallardo protagonista de esta verídica narración por su apego a la típica indumentaria, por el garbo con que sabía lucir el entallado marsellés, el ceñidor azul, el pañuelo carmesí que le servía de corbata, la blanca pechera de la camisa, primoroso alarde de maternales desvelos, y el pantalón de pana, que moldeábasele estallante la cadera y le caía graciosamente abotinado sobre los relucientes y pulidos brodequines.

No se necesitaba, oyendo hablar al de los Caireles, ser un mago de Asiria ni un hechicera de la Tesalia, para comprender que los indiscutibles méritos de la Rocío habían acariciado en lo más hondo del corazón a Joseíto, el cual, en el momento en que lo sacamos a relucir, decíale a Toñuelo el Carambuco, uno de sus más íntimos camaradas, detenido con él delante del Picadero:

-Lo que te digo, chavó: no jagas tú por ver a esa gachí. Mía que cuando yo la vide, mi potro y yo nos queamos como tontos de remate.

-Y oye tú, ¿es rubia, u es morena, u es entreverá esa ortava maravilla?

-Más rubia que el sol y más blanca que el arminio, y con unos sacais que son dos amaneceres, y con una boca que es el ojo de una aguja, y con un cuerpo archisuperior, y con un argo en toa ella que troncha y que mata y que pone er pelo de punta.

-¿Y de cuál de las cinco partes del mundo ha vinío ese fenómeno?

-De Sivilla, de la propia Sivilla, del barrio e la Macarena, es de aonde se ha vinío con su pare y con su mare y con toas las simpatías, y sigún dice el Capacha, que las conoce, a lo que han vinío ha sío en busca de un solar y de parneses con que mercar el solar, y de parneses con que pagar la escritura.

-Pos si a lo que han vinío aquí ha sío en busca de parneses, me da a mí el corazón que van a tener que dirse otra vez a la Macarena.

-No, porque, sigún parece, si se han descolgao por aquí ha sío al calor de un primo del Macareno, de un mu amigo que fue de mi padre, al que Dios tenga en su gloria, del señor Curro el Ferrolano.

-Acabáramos, chavó; eso ya tiene otra pinta. Y si es verdá que a ti te gusta tanto esa tórtola, ya puées dir montando y tirándote a la cara la escopeta si no quiées que a esa tórtola se la coman las primitas.

-Ya se guardarán mucho las primitas de jurgarle a una de las plumas del ala tan siquiera a la tórtola de mi gusto.

-Eso sa menester, que se guarden, lo cual entoavía no se ha visto. Pero, en fin, platicando de otra cosa,¿a qué viées tú a estas horas ar Picaero?

-A sacar la potranquilla del Lele, a ver si a fuerza de alborotar en el empedrao de la calle aonde vive esa gachí, consigo yo que se asome a la ventana.

-Pos entonces yo pongo proa a la mar si tú no me necesitas.

-Pos que un divé te acompañe, Antoñuelo.

-Y que a ti no te abandone, Joseíto.

Y tras estrechar la mano de su camarada, alejóse el Carambuco murmurando:

«Me parece a mí que ya le ha caío que jacer a este gachó, mucho más de lo que el gachó se figura.»

- II -

Cuando, ya montado en la potranquilla del Lele, pasó el Niño por delante de la casa de los Macarenos, no se abrió la reja, como esperaba; en vano hizo descomponerse a su briosa cabalgadura, y al cabo de diez minutos de inútiles escarceos hurgó, ya desesperanzado, con la espuela en el ijar a lapotranca, que arrancó al galope por el polvoriento camino.

Y mientras el Niño alejábese tan cejijunto como cariacontecido, Isabel, sentada delante de su madre en el patio de la casa, decorado con un enorme lebrillo de lavar, una orza de no más reducidas proporciones y varias macetas de geranios en flor, decíale a aquélla con voz de argentinas vibraciones:

-Verás tú como si en Sivilla mos dolla como diez, aqui mos va a doler como veinticinco, lo menos.

El sol, un espléndido sol otoñal, bañaba con sus vívidas fulguraciones el reducido patio; sus paredes, de un intenso blancor; las macetas, en las que brillaban las flores como resplandecientes rubíes; la figura, algo macizada por los años, de la mujer de Antoñico el Macareno, y la de su hija, que no obstante su desaliño, ratificaba de modo irrefragable con sus juveniles encantos la apología que de su hermosura hiciera momentos antes, hablando de ella con el Carambuco, el Niño de los Caireles.

Durante algunos momentos quedaron silenciosas madre e hija, hasta que ésta, como queriendo abandonar el curso de una poco grata meditación, exclamó tras exhalar un resonante suspiro:

-¡Si habrá visto mi pare al Ferrolano!

- ¡Pos de juro que lo habrá visto! Y lo que sa menester es que el gachó lo haiga recibío como Dios manda que se reciba a la gente.

-Y lo recibirá bien, ¡vaya si lo recibirá bien! ¿No ves tú que yo le he ofrecío dos libras de aceite a la Virgen de la Paloma?

-Sí, pero como el hombre no sabe tan siquiera cómo tu padre tose cuando le da en el galillo, y además mardita la obligación que tiée de carenar nuestro barco...

-Es que como a él le corre por las venas la misma sangre que a mi madre, y como además, sigún dicen, es un hombre muy rumboso...

Rosario se encogió de hombros, y madre e hija volvieron a quedar en silencio, silencio que fue interrumpido bruscamente por un recio aldabonazo en la puerta.

Un instante después penetraba en el patio el señor Antoñico el Macareno, hombre enjuto, nervioso, de bizarra apostura, de semblante de flácidas mejillas y descarnadas facciones, de ojos grandes, de boca algo sumida y de pelo escaso y obscuro.

Penetró en el patio el Macareno mohíno y silencioso, y sentándose en el borde del florido arriate, no sin antes plantarse con amanerada destreza de un choclazo el sombrero en la coronilla, sacó la petaca y dio comienzo a liar un cigarro mientras ambas mujeres le contemplaban con expresión interrogadora.

-Pero ¿se puée saber, caballero, si has visto u si no has visto por fin al señor Curro el Ferrolano? -le preguntó su mujer, no pudiendo contener por más tiempo su impaciencia.

Se encogió aquél de hombros, y así que hubo encendido con toda parsimonia el cigarro, exclamó, a la vez que arrojaba por boca y nariz tres espirales de blanco humo:

-Pos sí, señora, que he visto al señor Curro el Ferrolano.

-¿Y se puée saber qué es lo que de esa entrevista ha resurtao?

-Pos lo que ha resurtao es que cuando yo le propuse lo de la calderería a medias, me dijo que él tiée un tímpano que es una sensitiva, y que no le conviée, por lo tanto, un negocio en el que hay que dar tantos gorpes.

-¡Qué delicao que es el hombre! ¿Y tú no le dijiste naíta?

-Pos naturalmente que le dije; le dije que sentía tantísimo lo del tímpano, y endispués encomencé a darle unto y más unto, y total, que me prometió colocarme en uno de los talleres del ferrocarrí pa prensipio de semana.

Rosario miró a su marido con incrédula expresión y, encogiéndose de hombros, canturreó:

«Yo nací pa guarda vía
del ferrocarrí de Utrera;
y qué malita es la vía
en la vía que me espera».

-No, eso si lo hará; y, sobre to, lo hará si ustedes le aprietan una miajita aluego cuando venga, que vendrá el hombre a conocer a la familia.

-Pero ¿es que ha dicho que va a venir?

-¡Pos de juro que vendrá! D'aquí a un rato fijamente. ¿No ves tú que yo le he apretao pa que venga más que un cólico miserere?

Rosario e Isabel se miraron consternadas.

-Pos anda, hija, anda y arrecógete ese pelo y ponte otro vestío, y arremójate el cutis que te salgan los colores.

-¿Y tú no? ¿Tú vas a recibirlo en enaguas blancas?

-No, hija, que tamién voy a ponerme de recibo.

Y ambas mujeres se dirigieron hacia el interior de la casa, mientras el Macareno se entretenía en ver desvanecerse las blancas espirales de humo de su cigarro en el ambiente soleado y cristalino.

- III -

Cuando el señor Curro el Ferrolano, después de aguantar durante una hora la cháchara de su pariente el Macareno, vio salir por fin a éste de su casa, dirigióse a la cocina en busca de la señora María Pepa, la única persona que con él vivía desde el instante fatal en que le jugara la mala chanaíta de irse al otro mundo su mujer, Dolores la Primorosa, una chavalina que, tan hondamente dolorido y tan lleno de ella hubo de dejarle el corazón a su hombre, que éste juró, al poner por última vez sus labios en su carita de cera, que nunca mujer alguna ocuparía el vacío que ella dejaba en su hogar, juramento que había cumplido, ayudado de su vieja nodriza, a la que profesaba tanto cariño como si por su mediación hubiera venido al mundo y en el mundo siguiera luciendo los restos de sus ya lejanos juveniles esplendores.

-Oye tú: ¿pa qué es pa lo que te quería tu pariente? -le preguntó la anciana al verle penetrar en la cocina, donde el cobre, que brillaba como de oro sobre el alero de la chimenea, los limpísimos vasares orlados de encajes de papel de los colores más vivos, la vajilla primorosamente ordenada en el platero, las rojas hornillas siempre acabadas de fregar, los bien encalados muros; todos los detalles, en fin, pregonaban su índole de mujer ordenada y hacendosa.

El Ferrolano, después de posar una mirada complacida en las cacerolas puestas al fuego y de olfatear su bien oliente y humeante contenido, le repuso a la vieja con voz de irónico dejo:

-¿Pa qué querías tú que me buscara? Pa que le guarde los títulos de propiedad de su cortijo en la vega.

-Pero ¿ese gachó no se las buscaba en Sivilla?

-Allí se las buscaba; pero, según dice, allí jace muchísimo calor en verano, y el hombre se ha dejao caer por aquí por temor al sarpullío.

-Y oye tú: ¿es verdá lo que me han dicho que tiée una chavala que es tó un primor de primores?

-Eso me han dicho tamién, que es más bonita que un cromo, y aluego voy a ir a enterarme de si es verdá que es el dulce tan redulce como dicen.

-Y cómo habías de dejar tú de dir tratándose de jarapos,

El señor Curro no respondió nada a la vieja; se fue a su habitación y se dejó caer sobre una algo desvencijada poltrona. El mobiliario no hablaba con mucho encomio del buen gusto de su dueño, pero sí dejaba adivinar que no era éste hombre a quien los vientos contrarios de la fortuna hubieran azotado en el largo y, sin duda, plácido deslizarse de su vida.

Y si el mobiliario acusaba un vivir sereno y sin ahogos en el señor Curro, éste no hablaba tampoco más que de cosas gratas con el tranquilo y risueño mirar de sus ojos garzos y grandes, con su expresión plácida y sonriente y con la doble barba, que le daba algo de canonical a su semblante redondo y mofletudo, de facciones finas, de tez trigueña y de boca casi siempre albergue de una sonrisa apacible y maliciosa.

No obstante los pocos gratos surcos que dejaron en él el tiempo vivido, su fama de hombre acomodado, su afición a gastarse parte de sus rentas y parte de las utilidades que le dejaba su constante chalaneo, su cháchara agradable y pintoresca y su renombre de en un tiempo ya remoto galanteador invencible, hacían que aún algunas de las hembras de más trapío del barrio no tuviesen a desdoro el oficiar para con él de amables samaritanas.

Y, tranquilo y feliz, cuidado y mimado con maternal ahínco por la señora María Pepa, a la que sus setenta y pico de navidades no habían aún quitado del todo los bríos; colgándose a la bandola alguna que otra paloma zurita de las de plumas más tornasoladas; chalaneando casi por recreo, jugándose todas las noches, lloviera o venteara, al tute en el hondilón del Chafarote uno o dos cañeros del jugo menos católico de las vides montillanas; paseando alguna que otra vez en Lucero, un jaco digno de ser montado por el mismísimo apóstol, y visitando casi diariamente a algunos de sus amigos, vivía nuestro renombrado prócer andaluz, cuando quiso, su buena o su mala fortuna, que le diera la buena o mala tentación de abandonar las márgenes del bello Guadalquivir al para él hasta entonces desconocido pariente, Antoñico el Macareno.

- IV -

Bien comido, bien bebido y bien acicalado, salió a la calle el señor Curro y se dirigió, contoneándose gallarda y reposadamente, hacia la barbería famosa del famoso Miriñaque, a la que, según aseguraban sus numerosos parroquianos, podían bajar a servirse los mismísimos serafines, además de por la habilidad suma del maestro, por ser la suya la barbería que mejor golpe de vista presentaba de todas las del barrio, con sus paredes limpiísimas, con sus amplios y relucientes sillones de caoba, con sus grandes espejos de marcos dorados con purpurina, con su gran banqueta forrada de yute y con la indispensable guitarra, con la que entretenían su espera los que llegaban y sus ocios el barbero, gran tañedor, según opinión de los más doctos del barrio.

Cuando el señor Curro penetró en la barbería, empleábase el famoso Miriñaque en descañonarle un carrillo a tino de sus más viejos clientes, el cual, cada vez que la navaja atentaba un punto contra la integridad de su piel, exclamaba con voz lastimera y tornando los ojos a la techumbre con expresión cómicamente resignada:

-¡Qué se le va a jacer! ¡Más padeció en la cruz er Nazareno!

Saludó sonriente el Ferrolano a la víctima y al verdugo, y, después de contemplar durante algunos instantes reproducidas en el espejo su figura, su amplio traje gris, de algo achulado corte, su rondeño de alta copa y de algo recogidas alas, y el gran calabrote de oro que le relucía sobre el desabrochado chaleco, descolgó la guitarra y, sentándose en la banqueta, dio comienzo a templarla, no sin colocar previa y primorosamente el cigarro sobre el borde de una silla.

-Qué, ¿aprendió usted ya la farseta del Tovías? -le preguntó el Miriñaque.

-Cállate, chavó. Si yo soy pa esto más torpe que un recluta de los de Jímera de Liba.

-Esto sí que no lo aguanta el señor Paco el Melindres -exclamó en aquel momento el que se dejaba desollar por el barbero, incorporándose bruscamente y mirando al señor Curro con expresión iracunda y retadora.

-Pero, hombre, ¿qué es lo que pasa? -le preguntó el barbero sorprendido.

-Pus lo que pasa es que yo podré sufrir que tú jagas conmigo una carnicería; pero lo que es oír tocar la guitarra al señor Curro, lo que es eso, no lo aguanta el hijo de mi madre, que esté en gloria.

Sonrió zumbonamente el Ferrolano, y dijo, soltando la guitarra sobre la banqueta:

-Está bien, hombre, está bien, y arrieritos semos, y no tenga usted cuidiao, que más largo es el tiempo que la fortuna.

El Miriñaque, para entretener al poco diestro tañedor, dio comienzo a contar y comentar las noticias más frescas de las que por el barrio corrían desde aquella mañana.

-¿Sabe usted lo de la hija de la Agueda?

-¿Se ha metío a mujer de bien por casolidá?

-¡Ca! Lo que pasa es que er Roña ya la ha dejao por Pepilla la del Tarugo, porque, según dice, el último churumbel que le ha traío la Agueda es to una miniatura de Joseíto el Barreno.

-Eso no tiée na de particular. Y si no, vamos a ver: ¿por qué te pareces tú tanto a tu pare?

-Hombre, a propósito de parentesco: no sabía yo ni naide sabia que tuviera usted una sobrina de las de ole con ole.

-Toma, como que yo cuasi lo irnoraba también; no te diré mas sino que yo no la conozco entoavía.

-Pos yo tampoco la he visto; pero jace un rato estuvo aquí el Niño de los Caireles y agua se le jacía la boca al gachó na más que de platicar de ese proigio.

Cuando el Ferrolano salió de la barbería, como sentíase ya más que impaciente por conocer a la hija famosa de Antoñico el Macareno, se dirigió a la casa de éste murmurando:

-Vamos a ver si es verdá u si no es verdá que esa gachí se merece una salita pintá al temple y una camita dorá y un mosquitero de tul y una colcha de damasco.

Y mientras el señor Curro dirigíase hacia el Huerto de los Claveles, no sin detenerse acá y acullá en chispeantes coloquios con tal o cual moza de rumbo, le preguntaba Isabel a su madre, poniéndose delante de ella en actitud digna de ser inmortalizada por cinceles y por buriles:

-Qué, ¿estaré ya de recibo?

La verdad era que estaba Isabel pidiendo una moldura de oro, con su falda de percal celeste adornada de nítidos entredoses, con su delantal blanco, con su pañuelo de crespón que se le atersaba sobre el seno rígido y tembloroso, y con el cabello abullonado sobre la nuca y encrespado sobre la frente, y luciendo en él, como colocadas entre sus ondas por un artífice inspirado, algunas flores de pétalos purpurinos.

-Estás -repúsole su madre, tras contemplarla como arrobada durante algunos momentos - pa que al que te mire le dé un síncope, si es de ley. Y hazme el favor de no asomarte a la reja, no sea cosa que si te ve el chavalillo que te arrulla se pasme del sobresalto.

Isabel sonrió y murmuró, pensativa:

-La verdá es que el Joseíto es más salao que la mar y más bonito que el oro.

Rosario hizo un mohín desdeñoso y exclamó:

-Pos lo que es a mí no me lo parece; como que es cuasi tan subió de color como el Pollo de los Billares.

-No me miente usted a mí ese hombre, que, además de tener mal ange y malos los centros, es un gachó to fantesía y to malos y más que malos propósitos.

-Pos no te creas tú que sea santo de mi gusto, que tampoco yo lo pueo ver, sobre to dende que me dijeron que había jurao no permitir que te casaras con naide.

-Esos son faroles, y si no, ya verás tú como cuando llegue la hora, si llega, no dejo yo de casarme con el hombre que más me guste, por mo del de los Billares.

-Con tal que no sea con ese calé cuasi en babero que te ronda...

-¿Y qué tiée de malo ese calé? Pos sa menester que sepas tú que no cierro yo los ojos nunca cuando lo veo, al asomarme a la ventana.

-Oye tú, Rosario, y tú, Isabelilla, que por ahí viée ya el pariente -dijo en aquel momento el señor Antonio, penetrando rápido en la habitación.

Ambas mujeres se dirigieron hacia la puerta y miraron recatadamente hacia la calle.

-Aquel que viée andando como si trujiera al hombro el capote de paseo -dijo el señor Antonio.

-Pos tiée güen postín el hombre, ¿verdá, tú? -dijo Rosario, dirigiéndose a su hija.

-Sí que no lo tiée malo der to -le repuso ésta, retirándose al interior para no ser sorprendida en la puerta por su famoso pariente.

- V -

Cuando el Niño penetró en su casa, su madre, Rosalía la Miraflores -un tiempo sin rival hermosura de la gitanería malagueña-, entreteníase en hacer prodigios con la aguja, sentada en el centro del reducido patio, al que servía, a modo de dosel, un verde parral, por entre cuyas florecientes pámpanas deslizaba el sol sus rayos, bañando en su luz la figura de Rosalía, una cuarentona de hermosas y algo viriles facciones, de ojos grandes y dormilados, de labios gruesos y purpurinos, de espléndido cabello encrespado a modo de reluciente melena, de talle aún reducido y elástico, de seno voluminoso, de pierna redonda y fuerte, a juzgar por las pérfidas delaciones de la falda de coco color de rosa adornada de amplísimos volantes atrencillados de negro; de pie breve y pulido, y vestida y adornada, además de con la falda de percal, con una chaquetilla de la misma tela, que desaparecía casi bajo el amarillo pañuelo que contorneaba sus tentadoras arrogancias; con una gargantilla de coral que ceñíase en múltiples vueltas a su cuello redondo y atezado; con grandes arracadas de cordobesa labor que pendían de sus orejas, de una pequeñez inverosímil, y con una peineta calada de carey que brillaba al sol que la hería como un arabesco de oro entre las ondas anilladas de su magnífica cabellera.

-Que Dios te bendiga, mare -dijo, penetrando en el patio, Joseíto y posando en aquélla una mirada triste y acariciadora.

La Miraflores posó la suya llena de intensas ternuras en su gallardo retoño, y

-¿De aónde viéen ahora los ojitos e mi cara? -le preguntó con voz dulce y zalamera.

-De darle una miajita de talón a la potranquilla del Lele, que ca día está más resabiá y más peor y con más rabia al castigo.

-Como que por eso te la ha endosao a ti el gachó, que es un catedrático como el Tole, que ha venío a deshacer el trato de los dos muletos que le vendiste, porque dice que los dos están la mar de mal educaos.

-¿Mal educaos? ¿Si querrá el gachó que cuando lo vean los muletos le pregunten por la familia?

Durante algunos instantes quedaron en silencio madre e hijo. Este empezó a pasear meditabundo por el reducido patio, y aquélla, tras extender los esculturales brazos en un gracioso desprezo, le preguntó, sonriendo maliciosamente:

-¿Qué te pasa a ti, mi niño, que jace ya dos o tres días que tiées la carita morena que hay que peírle el «quién vive»?

-¿Yo? ¡Qué voy a tener yo!... Naíta tengo.

-Pero ¿tú no sabes que tu maresíta, además de ser la vendeora más de punta de toíta España, es cuasi una jechicera?

-Por lo regraciosa, sí que lo es catorce veces lo menos.

-No, por otra cosa. Y si no, ven acá tú y dame tu mano, que te voy a dicir la güena ventura.

Joseíto sonrió, y acercándose a su madre le presentó su mano, diciéndole:

-Güeno, pos vamos a ver si me adivinas de verdá la duquita de muerte que está pasando el gachó que más te quiere.

Rosalía, recordando su primera juventud, aquella juventud suya tan llena de escaseces como de pasiones y de alegrías, durante la cual tantas veces hubo de ganarse el sustento oficiando de gentil y popular pitonisa, cogió entre las suyas la mano de su hijo, y tras examinarla con afectada solemnidad durante algunos instantes, le dijo con voz melódica y quejumbrosa:

-Oye tú, resalao; oye tú lo que a ti te va a platicar la gitanica, que lo que de su boca va a salir va a ser to un chorruto de verdaes. Tú tiées en mitá der corazón una penita en flor y una esperanza en capullo, dende una tarde en que se recrearon los clisos e tu cara en los de una gachí con los suyos como soles, algo quebrafla de color, con el pelito rubio y anillao, con la boca más rechica que una tumbaga, con er talle de avispa, con er pecho que es un cofrecito de marfil, con los pinreles como dos sarcillos; una gachí que cuando abre la boca, aonde ella está no se güele más que a romero; una gachí que tiée liria en el metal de la voz y liria en toa su presonita gitana.

-¡Ay, mare, que me va pareciendo a mí de chipé eso de la jechicería!

-A ti, al ver a esa paloma -continuó la Miraflores sin parar mientes en la interrupción de aquél-, se te mudó la color y se te paró la sangre en las venas cuasi, y la duquita que dende entonces te jiere a ti en mitá der pecho como un puñal de tres filos, es que ese primor de primores no entorna los párpados cuando te mira, y la esperanza en capullo que a la verita de tu pena te florece, es que tú sabes que esa gachí no le ha tomao voluntá a ningún otro hombre entoavía. Pero alégrate tú ya, corazón mío, porque lo que la gitanica está leyendo en la parma de tu mano es, salero, que día llegará, mu pronto, en que esa pícara castellana se pondrá amarilla y con ojeras na más que de pensar en tu cara, en tu garbo y en tus andares, y ese día no ha de tardar más de lo que tardan en morirse los claveles y en blanquear la albacaca.

Joseíto, a medida que su madre había ido como iluminando su horizonte con sus azules profecías, había ido, a su vez, desarrugando el entrecejo.

-¡Ay, mare, que de amarguita como la tuera que la tenía, me has puesto tú la boca más reduce que un caramelo!

-Y ahora -continuó la Miraflores, posando en su hijo una mirada preñada de maternales halagos-, ahora que ya la gitana te ha dicho lo que te tenía que decir, y te ha puesto la boca tan dulce como la miel, a ver si tú se la pones también a ella dulce con el azúcar que tú sabes, que es el azúcar de su gusto.

Joseíto rodeó con un brazo el cuello de su madre, y exclamó, posando una granizada de besos en sus bronceadas mejillas:

-Toma, y toma y toma, que me has llenao de flores el corazón y de flores toíto er pecho.

-¡Camará, que la vas a desteñir! -exclamó en aquel momento, penetrando en el patio, el señor Juan el Tardío, un calé medio tábiro, todo hueso, piel y tendones, que había tenido la alta honra de sostener sobre la pila bautismal al legítimo descendiente, según podían certificar los libros de la parroquia, del difunto Joseíto el Calderero y de Rosalía, la un tiempo sin rival hermosura de la gitanería malagueña.

Apartó ésta dulcemente a su hijo, y exclamó, dirigiéndose al recién llegado:

-Qué, compadre, ¿vio usted por fin al Tolete?

-Le vi y se arregló la cosa, gracias a que me trompecé al señor Curro y a que el señor Curro me jechó el hombre una mano.

-¿Y le dijo a usted el señó Curro si vendría aluego, si no vendría?

-No, no me dijo na. ¡Pero como ahora el hombre, con la llegá de los de Sivilla, no tiée tiempo ni pa quitarse la caspa...!

-¡Pos no le ha entrao mu fuerte al gachó eso de visitar a la parentela!

-¡Es que como la Rocío es una gachí que pega más que la goma laca!...

-Pero ¿es que el señor Curro le está tirando los chambeles a la Rocío? -le preguntó Joseíto con voz trémula.

-Hombre, te diré. Yo de eso no estoy enterao a ciencia cierta; pero como al señor Curro le gusta tanto lo güeno, y la de Sivilla es toa de canela de Ceylán y toa de azúcar de pilón...

La Miraflores habíase puesto algo pálida oyendo al Tardío, que continuó como si se gozara en comentar la índole mujeriega y apasionada del Ferrolano.

-Pero ya se le pasará. A él esas cosas no le duran más que lo que al león la calentura.

-Pos que de salú le sirva -exclamó, irónica y desdeñosamente, la Miraflores; y después, dirigiéndose a su hijo, le preguntó-: ¿Tiées tú ya ganas de comer, prenda mía?

-¿Yo? ¡Ca! Ahora no como; ahora voy a ver si me trompiezo por ahí con Toñuelo el Carambuco.

Y Joseíto salió del patio sin poder evitar que su rostro reflejara la zozobra que habían puesto en su espíritu las palabras de su padrino al tratar de la repentina afición del Ferrolano a visitar a los recientemente trasplantados desde el barrio de la Macarena al Huerto de los Claveles.

- VI -

-¿Sabes tú, Isabel, que cuando el señor Curro te mira parece que se quea como si estuviera embarsamao?

Y esto se lo dijo Rosario con picaresca expresión a la Rocío, que, inclinada sobre el lebrillo, porraceaba briosamente la ropa, y la cual, al oír a su madre, se secó las manos en el delantal, y después de colocarse el pañuelo del cuello a la cabeza para mejor defenderse de los rayos del sol, le repuso:

-Pos bien poía el güen hombre desembarsamarse, que no está ya el gachó pa tomar esas posturas.

-¿Y por qué no ha de estar pa tomar esas posturas? ¡Pos apenas si tiée simpatías el Ferrolano!

-No, antipático yo no digo que lo sea; pero tamién tiée una panza que está pidiendo un saludo, y ya es la mar de farta la que le están jaciendo dos corchetas en los carrillos.

-¡Menos corchetes! Como que te parecerá a ti mejor ese diputao en Cortes que te pasea la calle como si fuese el sereno.

-¡Güena diferencia va, chavó! Pus no es mu gracioso ni mu rebonito ese diputao a Cortes que tú dices.

-Pero, hija, por Dios y por su Santísima Madre; si es que ese gachó no tendría precio pa tinta china.

-Güeno, será una miajita subió de color; pero es la mar de bonito y la mar de pinturero, y tú no sabes lo bien que canta lo que dice...

-Pero ¿es que tú sabes ya cómo canta lo que dice? -preguntó la señora Rosario interrumpiéndola, llena de asombro, a su hija, la cual, algo desconcertada, le repuso:

-Te diré... Como hier tarde se arrimó a la reja, y no era cosa de darle un escopetazo...

-¿Y por qué no me has dicho tú a mí eso jasta ahora?

-¡Pus porque como la cosa no tiée naíta de particular..., pos velay tú!

-¡Que no tiée naíta de particular!... Pos suponte tú que se enterara el Ferrolano.

-¿El Ferrolano? ¿Y qué le puée importar al Ferrolano que yo platique u no platique con quien a mí me dé la repotentísima gana?

Rosario miró a su hija de hito en hito, y después murmuró con marcada expresión de reproche:

-Güeno, pos manque no le importe al Ferrolano, me importa a mí, ¿sabes?; a mí, que no quiero que tú güervas a platicar con ese gachó en to lo que te quea de vía. ¿Tú te enteras?

-Sí que me entero -le contestó Isabel, y sus manos pequeñas y enrojecidas tornaron a porracear rabiosamente la ropa, salpicándose toda de jabonosas espumas.

Cuando, ya terminados sus quehaceres, fuese a su habitación, se dirigió a la ventana y posó una mirada al través de los blancos visillos, en la radiante perspectiva.

Delante de ella, una vez salvado el a la sazón seco cauce del río, destacábanse llenas de risueños verdores algunas huertas mal abrigadas de las grandes avenidas por un muro débil y ruinoso; algunas añosísimas palmeras daban algo de oriental al paisaje, en el que se confundían en conjunción esplendorosa, bajo un cielo de zafir, con los tonos ardientes de los campos floridos, la nota blanca de los lagares y la multicolor de las accidentadas laderas en que eternamente parecen jadear a modo de retorcidas greyes, los frondosos olivares.

Los ojos de Isabel espaciábanse complacidos por la radiante lejanía, cuando de pronto vio avanzar a los lejos a Joseíto, erguido como una estatua sobre la típica silla jerezana de su briosa cabalgadura, sosteniendo junto al pecho, con ambas manos unidas y en alto los codos, las fuertes riendas, la cabeza algo inclinada hacia adelante y haciéndole marcar el paso a su caballo con ritmo lento y de insuperable elegancia.

Joseíto llegó frente a la reja donde en aquel momento una mano furtiva levantaba rápida los visillos, y pudo ver, al través del limpísimo cristal, el rostro de la Rocío, que parecía decirle, con el dulce mirar de sus ojos de antílope enamorado: «Ven esta noche si quieres, que yo sé mu requetebién que lo prometido es deuda».

- VII -

La noche era apacible e invadía todo la luna con sus argénteas claridades, cuando Joseíto, llegando frente a la ventana de Isabel, se detuvo. La calle estaba solitaria; los vecinos, jornaleros en su mayoría, buscaban en el sueño un paréntesis consolador a la fatigosa brega diaria; sólo algún que otro transeúnte desfilaba, de vez en cuando, por junto a nuestro enamorado; éste sentíase febril; su pensamiento era un hervidero de ilusiones, de incertidumbres y esperanzas; la naciente afición del Ferrolano a la Rocío habíale llenado el corazón de sombríos presentimientos; el Ferrolano era algo a modo de una institución dentro de su hogar, sobre el que venía proyectando sombra bienhechora desde tiempos para él casi desconocidos, y razón tenía su madre al decirle, como le decía, que si aquél intentaba tomar aquella graciosísima fortaleza, hacíase preciso que al intentarlo se encontrase con que ya él había izado en ella sus victoriosos pendones.

Y algunos minutos de espera llevaba ya nuestro chaval delante de la ventana, cuando, entreabriéndose ésta sigilosamente, una voz melódica y susurrante resonó como una caricia en sus oídos:

-No dirá usted que yo falto a mi palabra.

-Ha jecho usted bien, poique de no salir me hubiera yo díó a to vapor, y esta misma noche, aonde se arremata la pena.

-Hombre, por Dios y por su Santísima Madre, que no es la cosa pa tanto; y sobre to, que si yo me he asomao es na más que pa decirle a usted que se vaya, porque yo no estoy por darles una esazón a los que mejor me quieren, ni por amanecer mañana, si los del resguardo me ven, con to el cuerpo dolorío.

-Yo no me voy ni usted se va, poique si usted se va, mañana amanece entre cuatro velas el Niño de los Caireles.

Y con una inflexión de voz tan dulce, tan suplicante, tan hondamente sentida hubo de decir esto Joseíto, que más de dos horas eran transcurridas cuando decíale a éste la Rocío:

-Pos hágame usted el favor de dirse ya; que si no se va usted ahora mismo, lo que es otra noche no me da a mí, por mo de usted, tanto el relente en la cara.

Isabel, sin darse cuenta de ello, había dejado que ganase el primer reducto Joseíto. La voz de éste había resonado en su alma con, para ella hasta entonces, desconocidas cadencias; además, su rostro juvenil y atezado, mientras hablaba con ella, brillaba como lleno de poderosas fascinaciones; sus enormes ojos fulguraban pasionales y bravíos; en sus pupilas hondas y febriles centellaba algo poderosamente avasallador; la sangre, abrasada por el deseo, coloreaba sus tersas mejillas; su boca entreabierta daba paso a un hálito viril y calenturiento.

Isabel habíase sentido, oyéndole y mirándole, como envuelta por una de las espirales de aquel a modo de torbellino de ansiedades y de ternuras, y cuando aquél, todo trémulo, más que pedirle hubo de mendigarle una sola flor que prender en su pecho enamorado, también trémula, también balbuciente, con la tez encendida, bajo los ojos y trenzando y destrenzando los flecos de su pañuelo de talle con dedos temblorosos, habíale dicho con voz tímida:

-Yo sería la mar de gustosa; pero...

Cuando Joseíto se alejó de la reja, no sin volver la cara una y otra vez hasta perderla de vista, sentíase con alocados impulsos de brincar, de gritar, de correr y de dar a los cuatro puntos cardinales la fausta nueva del glorioso triunfo alcanzado por él sobre la Rocío.

- VIII -

El día en que el señor Curro el Ferrolano, deseoso de conocer la tan decantada hermosura de la gentil sevillana, hubo de llegar por vez primera a casa de ésta y de encontrarse frente a frente con ella, abrió los ojos hasta casi hacerse sangre en los lagrimales, se persignó con unción evangélica, quitose airosamente el pавero y, al par que buscaba un punto de apoyo como para no caer desplomado, díjole a la muchacha:

-¡Camará, pos di tú que verte a ti es cuasi morir de repente!

-¿Será preciso avisarle al confesor? -preguntole aquélla, sonriendo.

Rosario, halagada en su maternal orgullo, exclamó:

-¡Ay, qué desageradísimo que es usted y qué requetegracioso!

-¿Desagerao? ¡Lo que es una lástima es que tenga yo ya tan poco de recibo la dentaura!

-Pero ¿es que le han entrao a usted ganas de morderle a la familia?

-Yo ya no estoy pa esas hombrías; pero es que hay cosas que asolviantan a un cuatro veces difunto.

La conversación tomó en breve giro más serio, y mientras los macarenos y el Ferrolano hacían una poca de historia retrospectiva, Isabel entreteníase en mirar por la ventana a una golondrina que desde uno de los alambres del telégrafo parecía, más que trinar, sostener una acalorada disputa con alguna otra de sus aladas compañeras.

Durante todo el tiempo que duró la conversación, no dejó el señor Curro de estudiar con furtivas miradas de hombre experto los encantos de la Rocío: su cara algo redonda, sus ojos oscuros llenos de poderosas emanaciones, la pequeñez absurda de su boca algo deprimida, lo gracioso e insignificante de su nariz, la tersura de su frente, el correcto dibujo de su barba y el maravilloso de su cuerpo grácil, esbelto y elástico, lleno de tentadoras curvaturas.

El señor Curro había sentido, estudiando sus hechizos, respirar como en tiempos mejores la gran bestia adormecida por los años que llevaba en la sangre y que tantos desafueros habíale hecho cometer en su larguísimo reinado; y cuando, tras despedirse de los macarenos, no sin prometerles antes una nueva visita para el siguiente día, llegó a su casa, fuese al patio, sombreado por dos frondosas higueras, se despojó de la americana, libró su vientre de los despotismos de la trinchera, y tumbándose en una butaca de lona colocada para su exclusivo uso a la sombra de uno de los copudos árboles, y entornando los párpados, sumiose en una honda y grave meditación.

El Ferrolano pensaba en la Rocío, y la razón y el deseo libraban en él una vez más una de sus eternas escaramuzas.

«No seas tú lila -decíale el deseo con acento persuasivo-; esa gachí es la más regraciosa que tú te has trompezao por las vereítas del mundo, y si tú consigues embragarla a tu querer, de envidia van a palmar toítos los hombres, y manque aluego Dios te castigue, ¿qué te importa a ti que te castigue Dios, si besar a esa gachí en los labios y beberse su aliento tiée que ser cosa más mejor que la gloria prometía?»

Y cuando el señor Curro, a las pérfidas insinuaciones del deseo, sentía que una dulce y vaga sensación voluptuosa recorría su cuerpo, erguíase en él serena y lúcida la razón, y decíale con voz de frías e irónicas inflexiones: «No seas tú loco, guasón, y piensa en que no tos los tiempos son iguales; en que con los años lo más verde amarillea; en que a las abejas lo que les gusta es la ramita en flor y no la rama sin flores; en que tú no estás ya na más que pa que te falten al respeto las mocitas más baríes; en que ya en ca carrillo tiées más vereítas que pastores un nacimiento; en que mu pronto llegará er día en que podrás dormir la siesta con la barba apontocá en el ombligo, y en que ese gachí con que te están cimbeleando los parientes entoavía no ha cumplío diecisiete primaveras, y que si te queas enreao en las púas de ese rosal, estás en peligro de acabar tus días como sería un dolor que los acabara un sujeto de tus prendas personales».

Y oyendo cuanto decían en su polémica misteriosa el deseo y la razón seguía nuestro famoso chalán, cuando llegose a él la señora María Pepa, y posando en él una mirada interrogadora, le preguntó:

-Qué, ¿por fin visitaste a la gente de Sivilla?

-Sí, señora; como que ahora mismito he güerto de sus cubriles.

-Y qué, ¿la Rocío es por fin tan bonita como la gente pregona?

-Una barbaridá de bonita.

-¡Pos si es asín, me parece a mí que er tímpano se te va a dir acostumbrando a los gorpes!

-No, eso no; pero sí haré por colocar en un taller al Macareno.

Seis o siete días eran transcurridos desde que tuviera lugar la escena que acabamos de narrar, cuando, penetrando en el patio una tarde, díjole a su nodriza con expresión de triunfo el Ferrolano:

-Gracias a un divé que ya coloqué en el ferrocarrí a Antoñico el Macareno.

-Pos deja tú que se enteren en el barrio, donde tos a una dicen que si esa gente han tirao el ancla en esta badía ha sío na más que con la sana intención de endosarte a la chavala, con o sin el consentimiento del cura; y sobre to, a la que se podrá oír será la Miraflores, que está, sigún dicen, que trina: primero, por lo que tos sabemos, y segundo, porque como su Joseíto está por la Isabel que ni vive ni asosiega...

-¿Que Joseíto está que ni vive ni asosiega por la Isabel?

Y esto lo preguntó el Ferrolano poniéndose grave y arrugando el entrecejo.

-¡Vaya!... ¡Pero si yo creí que tú lo sabías!

-Yo qué diba a saber que estuviera el mozo brincando por su presona.

-Pos asín está, jaciendo casi pucheros por ella.

-Pero a ti eso, ¿quién te lo ha dicho?

-¡Pero si eso está a chavo y a cuarto! ¿Que quién me lo ha dicho? Pos la mar de gente...: el Rape, la Chirrina, la Tojeña, el Pupi, la Tolosa... ¡Qué sé yo! Toíto er censo.

El Ferrolano, que habíase puesto sombrío y cejjunto, tras algunos instantes de meditación, exclamó, dirigiéndose de nuevo hacia la puerta de la calle:

-Pos mira tú: eso que tú dices que dicen me ha llegao tan a lo vivo, que ahora voy yo a enterarme de si es verdá u no es verdá eso de que esté loco por la Isabel el Niño de los Caireles.

- IX -

Cuando el señor Curro penetró en la casa de Rosalía, díjole ésta, fingiéndose cómicamente asombrada:

-¡Pero es posible, Señor, es posible! ¿Tú por aquí? ¡Virgen de las Angustias! Un divé quiera que no se lleguen a enterar los macarenos.

El Ferrolano, al que no se le había aún desarrugado la frente, dijo al par que se sentaba:

-¡Qué quiées, mujer!...

«Es que he estao malito en cama
con el curita a la vera...»

-No es mala enfermeá la que te han farturao a ti desde Sivilla.

Y la Miraflores, encendiéndose en santa cólera al pensar en las eternas traiciones del hombre preferido, se incorporó violenta, y ora poniéndose los puños en los ijares, ora blandiéndolos sobre la cabeza del Ferrolano, gritó con voz iracunda:

-Y no se te cae a ti naíta al suelo de vergüenza, so mal castellano, de ponerte a tirarle el chambel a la Rocío, cuando tú ya pa moverte necesitas una polea y pa resollar un fuelle, y sobre to, que es una charraná que está pidiendo un calabozo eso de que tú, sabiendo que Joseíto está tarumba por esa gachí, te pongas en mitá de su camino pa ganársela por parneses.

El Ferrolano, que había aguantado el aguacero sin pestañear siquiera, dijo cuando Rosalía hubo puesto fin a su belicosa plática:

-¿Te quieres tú callar? ¿Quiées tú sentarte? ¿Quiées tú oírme? ¿O quiées tú que salga de estampía y no pare jasta que me dé el «alto» un centinela?

La Miraflores juzgó oportuno hacer lo que el Ferrolano decía, y exclamó, acompañando la acción a la palabra:

-Ya estoy callá..., ya estoy sentá..., ya te oigo.

-Pos bien -dijo aquél, no sin dejar escapar antes un resonante suspiro-: dime si es verdá eso de que José está prevelicao por mi parienta la Rocío.

-La chipé. ¡Más loco que una campana!

El señor Curro, a la rotunda afirmación de la Miraflores, se mordió los labios, suspiró de nuevo y continuó tras una breve pausa, durante la cual sus ojos se llenaron de melancólico desaliento:

-Pos bien: es mucha verdá que yo en estos seis u siete días que te he fartao he dío a ca de los Macarenos; es mucha verdá que a mí me gusta la Isabelilla cuasi tanto como tú; es mucha verdá que jasta pensé en tirarle el chambel, pero tamién es mucha verdá, y yo por mi muerta te lo juro, que jasta jace un ratillo que me lo dijo María Pepa, no me he enterao yo de lo de Joseíto, y que yo al saberlo, lo primero que jice fue quitarle al chambel los anzuelos, y que ya no querría yo a la Rocío ni manque me la engarzaran en diamantes y en rubíes.

-¿Y eso dices tú que me lo juras por tu muerta? -le preguntó ansiosamente Rosalía.

-Por mi muerta te lo juro.

Un suspiro de satisfacción brotó de los bermejos labios de la Miraflores, que continuó:

-¡Camar, y qué duquitas de muerte que me has hecho pasar! ¡Cuándo querrá Dios der cielo que tú te recojas a güen vivir, y de que ca mujer te parezca un terremoto!

-Y oye tú: ¿a la Isabel le gusta u no le gusta el Joseíto?

-¡Pos no le ha de gustar! ¿A quién no le gusta un dulce? -exclamó radiante de orgullo la Miraflores, y después, ya serena y sonriente, preguntó al Ferrolano:

-Y vamos a ver: ¿qué te parece a ti de eso de los quereles del chaval y de la chavala?

-Pos te diré: a mí la chavala me parece de finos metales; pero, en cambio, la que la trujo al mundo y el que medió en el chapú, no me güelen ni a tomillo ni a romero; y la verdá es que no quisiera yo que siguiera Joseíto por esa trocha en tanto y cuanto yo no me entere bien de qué es lo que se traen en el arca esos gachones.

-Pos más difícil en eso de lo que a ti se te figura, porque el chaval está en to er celo, y cuasi toas las noches platica de matute con la Isabel por la ventana.

-Pos eso es una cosa esaboría, porque esa gachí tíee una gota de miel en ca poro; pero, en fin, qué se le va a jacer; tendremos pasencia y que trabaje él la partía a la luz e la luna, que yo la trabajaré con la luz que él no habillela.

-Pero ¿es que tú vas a seguir en esas lindes?

-¿Pos no he de seguir tratándose de quien se trata? ¿No comprendes tú que quiero yo enterarme de si la Rocío es capaz, gustándole Joseíto, de rendirse a mis dineros?

A Rosalía no le supo aquello a gloria, sin duda, porque volviendo a fruncir la frente, murmuró:

-Es que como esa gachí, sigún tú dices, tiée una gota de miel en ca poro...

-¿Y qué me importa a mi ya que tenga no una gota, sino un panal en ca uno? Pa mi ya esa gachí como si fuera mismamente un relicario.

-Pero ¿y si ella se rindiera a tus parneses?

-Si eso pasara, ni pa él ni pa mí -dijo con grave entonación el señor Curro.

-Pero es que, además, Joseíto ya está cabreándose contigo, y como él no sabe na de lo que no debe saber, y tiée un genio tan súpito y... tan poquísimos aguantes...

-No tengas tú cudiao, que si a mí se me arrancara el chotillo por derecho, ya lo capearíamos al alimón, y si ahora tiée que pasar algunas ducas, que las pase, que puée ser que si la Isbael se lo gana, concluya por encontrarse el chaval con toas las de la ley con la Isabelilla a pasto.

- X -

No carecía de fundamento la inquietud de la Miraflores, que llenábasele a Joseíto la cabeza de belicosos propósitos cada vez que pensaba en que pudiera el Ferrolano llevarse en el pico la alondra, la dulcísima alondra de sus amores.

Esta, a quien la charla apasionada y la juvenil hermosura de aquél habíansele ido metiendo en la sangre y en el corazón, se veía y se deseaba para contenerlo cuando la ira tomaba en él alarmantes proporciones.

-Pero, hombre, ¿a ti qué te importa que el Ferrolano se destiña u no se destiña por mi, si pa mí ese gachó con toítas sus escrituras no vale lo que una pestaña de los ojos de tu carita morena?

-Pero es que los que a ti te trujieron al mundo son unos to agonía, que no te dejan vivir pa que tú parlamentes con el Ferrolano y a mi me des la arsoluta.

-Primero, que eso que tú dices no es verdá; y segundo, que, manque fuera asín,

«Yo soy reina de mi gusto
y en mi gusto naide manda».

-Es que tú no conoces como yo al señor Curro, y yo sé que ese gachó no dejará de trabajar la partía (si no puée contigo, con los tuyos) pa quitarme la única flor de mis jardines. ¡Y si eso pasara, si a mí me quitara mi tesoro el Ferrolano!...

Y los dientes nítidos del Caireles, al decir esto, rechinaban siempre, y siempre le brillaban los ojos con expresión siniestra y amenazadora.

Isabel faltaba descaradamente al octavo mandamiento al asegurar que el señor Curro no hacía por conquistar su corazón. El señor Curro no dejaba de poner en juego, para con ella, su vasto repertorio de astucia de viejo galanteador, y muchas veces, siempre que encontraba oportunidad, solía decirle con voz acariciadora y mirándola con aletargada pupila:

-La única pesumbre con que hoy yo voy por la vía es con la de que mi madre me echara tan pronto ar mundo; porque de haberme jechao una miajita después, no sabes tú los proigios que estaría yo jaciendo a estas horas por ganarte, por que fueses tú la mía compañerita; y si tú fueses la mía compañerita, en un fanal y vestío con túnicas e brocao había yo de tener el recreo de mis ojos.

Isabel oía todo aquello como quien oye llover, y concluía siempre por decir burlaburlando:

-Pero como a su madre de usté le pareció la cosa tan urgente...

Los Macarenos ardían en cólera cada vez que oían alguna de las chirigotas con que su heredera mantenía en respeto al señor Curro, y cuando quedábanse con ella a solas, eran de oír las pintorescas peroraciones con que la Rosario intentaba encarrilar a su hija por el carril de su gusto.

Y mientras los codiciosos progenitores de Isabel esforzábanse inútilmente en catequizar a ésta, empleábase la Miraflores casi todas las horas del día en consolar, despistar y refrenar a su hijo, al que le decía por tarde, noche y mañana, con monótona insistencia:

-Hombre, no seas tú de tan malito pensar. ¡Cómo va a ponerle la proa el señor Curro a esa goletilla de náca!

-Pos se la pone, marecita, se la pone. ¡Y si no fuera por lo mucho que a ese gachó le debemos!...

Y el rostro, y la mirada y la actitud de Joseíto, siempre que decía esto o cosa parecida, hacían palidecer a su madre, la cual repetía también diariamente al Ferrolano:

-¡Mira, Curro, que al chaval se le va gastando el seguro, y er día menos pensao va a dar el muchacho un estallío!

Y en este estado estaban las cosas, cuando una noche Isabel, después de la diaria nocturna entrevista con Joseíto, y cuando, después de haberlo perdido de vista, disponíase a cerrar la ventana, un hombre saltó ágil por encima del muro situado frente a su vivienda, y, acercándose rápido a ella, le dijo con voz incisiva y fatigosa:

-No cierres tú, salero, que quieo yo esta noche jecharte una serenata.

Isabel miró, pálida y sombría, al recién llegado, y murmuró con acento trémulo y con expresión asustada:

-¡El Pollo de los Billares!

- XI -

-¿Usted aquí?-balbució Isabel, mirando, llena de asombro y de ira, al recién llegado.

-Yo mismo; yo, que soy hombre que cumple lo que promete.

-Pero yo qué tengo que ver con usted, ni qué tengo yo que hablar con usted, ni usted quién es pa arrimarse tan siquiera a mi ventana -exclamó bruscamente la Rocío.

El Pollo la contempló con mirada torva, y tras un breve silencio, dijo con voz de irónico y amargo dejo:

-Tíees razón; yo no soy quién pa mandar en tu presona; pero soy quién pa cumplir los juramentos que hago, y además -añadió dulce y apasionadamente -que ya sabes tú que yo no pueo vivir sin ti, y que sin ti no vivo yo, y que pa mí contigo serían las hojas flores y hojas las ramas, y que yo no pueo dejar que tú seas pa ningún otro hombre; que no puées tú figurarte el contravapor que me he tenío yo que dar esta noche pa no acusarle a ese chaval las cuarenta. Pero es que ese chaval es un chaval, y como a mí no me gusta pelear con chavales, nos me jeché la galga, lo que no gorveré a jacer si tú mañana mismo no le dices que no güerva más por aquí, porque si güerve le mato.

Isabel miró al de los Billares con sombría fijeza, temblaron sus labios, y no encontrando, sin duda, frase con que castigar el injustificado despotismo de aquel hombre, cerró brusca y rápidamente la ventana.

Una ráfaga de cólera contrajo el semblante del de los Billares, que levantó un punto la mano crispada sobre la reja; pero logrando dominar su ira, y tras vacilar un instante, se alejó, murmurando con voz ronca:

«Me parece a mí que ya he perdío yo jasta el billete de güerta.»

Isabel no pudo cerrar los ojos durante toda la noche; durante toda ella no dejó un punto de ver en su imaginación al de Sevilla, su rostro bronceado como el de Caireles, de ojos hermosos y pérfidos, de labios finos y de mejillas demacradas, y pareciole, durante toda la noche también, estar oyendo cómo aquél le repetía, con voz irónica y de amenazadora entonación:

«Lo que no gorveré a jacer si tú mañana a la noche no le dices a ese chaval que no güerva más por aquí, porque si güerve le mato.»

Isabel recordaba todo cuanto un tiempo hubieron de decirle los apologistas del de los Billares, de su índole alocada, cínica y pendenciera, y recordándolo sentíase llena de miedo por lo que con él le pudiera ocurrir a Joseíto, y llena de angustias, y dando vuelcos y más vuelcos en la cama, aguardó la llegada del día, y apenas la indecisa luz del amanecer empezó a iluminar el espacio, se arrojó, calenturienta, del lecho.

-Oye, tú, ¿qué es lo que hoy a ti te pasa? -le preguntó su madre, mirándola sorprendida.

-Na, madre, na; que he tenío un mal ensueño esta noche.

Cuando aquella tarde llegó, como de costumbre, el Ferrolano a la casa, también hubo de preguntarle:

-¿Qué te pasa a ti, salero, que tiées tan armá en curso esa carita graciosa?

Isabel procuró sonreír, y le repuso, sacudiendo ligeramente los hombros:

-Qué quiée usted que me pase, na. Es que a mi me ponen de estas jechuras los terrales.

Durante media hora charlaron Rosario y el señor Curro de cosas pueriles. La primera, que se desvelaba siempre por neutralizar el desdeñoso indiferentismo de su hija para con el pariente con su verbosidad tan chispeante como pintoresca, habló como una descosida, y ya empezaba a languidecer la conversación cuando penetró en la casa el señor Antonio con aire serrote y meditabundo.

-¿Por qué has tardao hoy tanto? ¿Es que al salir del taller te han llevao a la grillera?

-¡Ca! Que al salir me trompecé con uno de Sivilla que me jizo entrar a tomar unas cañas en ca de Joseíto el Trompeta.

-¿Uno de Sivilla?

-Un mala hora: el Pollo de los Billares.

Rosario cruzó con su hija una mirada preñada de inquietudes, y después exclamó con acento rencoroso:

-¡Qué lástima que al pasar el tren que lo trujo no se hubiera jundío el túnel de la Canasta!

-Pero ¿quién es ese de los Billares? -Preguntó, lleno de curiosidad, el Ferrolano.

-Un mal ánge; uno de los que cobran el barato en to el barrio de Triana.

-Un pérdis y un charrán, y un bocón de cuerpo entero -gritó Rosario.

-Un perdío y un charrán no diré yo que no lo sea; pero en lo de bocón, eso es ya jarina de otro costal: que el mozo es de los que le meten un acosón al lucero matutino.

-Pero ¿usté por qué le tiée tan malilla voluntá a ese de los Billares? -preguntó a Rosario el señor Curro.

-Pos se la tengo -repúsole aquélla con voz sorda -porque es más malito que er tétano y, además, porque le tiée puestos los puntos a mi Isabel, que no puée verle ni en pintura, y el mu pendón ha jurao que al hombre que ella quiera no le da más tiempo, en cuanto se entere, que pa que se ponga a bien con Dios y pa que se vista de limpio.

-Pus por lo que sé, no es tan malo ese caballero -murmuró irónicamente el señor Curro, procurando disimular sus inquietudes.

-Y no es lo peor que lo haiga jurao, sino que ese mal hombre es mu capaz de cumplir lo que promete -dijo con voz sombría el Macareno.

-¡Por vía del que crucificaron en el Gólgota! -dijo el Ferrolano-. Pero, en fin -continuó, sonriendo forzadamente, dirigiéndose a la Rocío-, la verdá es que los ojitos de mi cara diera yo por ser el que tuviera que matar el Pollo de los Billares.

- XII -

-Por tu pare, por tu mare, por lo que tú más quieras en el mundo, que dejes de venir en unos días; mira que mi bato está que arde desde que la otra noche nos sorprendió de palique, y no quieo yo amanecer una mañana con el cuerpo con más colores que un loro.

-Pero si es que yo creo que en eso que tú me dices no tiée tu bato arte ni parte; si es que me parece a mí que quien en tu casa riza y desenriza la vela es el señor Curro el Ferrolano.

-Yo te juro que no. Por los ojos e tu cara que en mi casa no riza ni desenriza naíta ese caballero.

-Pero manque no sea así, ¿no comprendes tú que yo parmo si paso tres días sin verte?

-Pero si yo parmaría también si no te viera en tres días; si lo que yo te pío no es que no nos veamos, sino que no platiquemos en tanto y cuanto se le pase la picazón a los míos.

Prodigios tuvo que hacer la muchacha para medio convencer a su gentil enamorado, y cuando una hora después se metió aquélla en la cama, quedóse a poco dormida, pensando gozosa en que había logrado conjurar, por lo pronto, el riesgo gravísimo que amenazaba a aquel pícaro calé que de modo tan despótico habíasele ido metiendo en el corazón con sus apasionados decires, con su bizarra apostura y con sus ojos, que tan adormidos como adormecedores, tan ardientes latitudes hacían recorrer a su amantísimo pensamiento.

Y mientras Isabel entregábase al reposo, decíale el señor Curro a Rosalía, sentados ambos en la puerta de la casa de la última:

-Oye tú, que sa menester que platiquemos de lo que más mos duele antes que venga Joseíto.

-Pos si precisamente estaba yo rabiando porque se fuera el Topacio pa decirte que José está ca vez más peor y más rabioso y más lleno de celeras por mo de un caballero toíto panza y to mofletes.

-Pos ese caballero toíto panza y to mofletes está hoy que le quita el hipo a cualquiera.

Y tras breves instantes de sombrío silencio, dio principio el Ferrolano a narrar a Rosalía cuanto le hubieron de decir horas antes del Pollo de los Billares en casa de los Macarenos.

-¿Y qué crees tú que se debe jacer? -le preguntó, asustada, Rosalía cuando aquél hubo puesto fin a su relato.

-Lo que sa menester es que yo, mañanita mismo, pía pa mi la Isabel, y que sea conmigo con quien se trompice el de los Billares.

-Es que no quieo tampoco que se trompice contigo -exclamó con vehemente expresión la Miraflores.

El Ferrolano miró a ésta con ojos llenos de gratitud, y le repuso:

-No tengas tú cudiao por mí, chalaíta der to; que ese lobo a mí no me muerde, que él sabe mu bien que yo estoy enterao de una malita faena que se cargó y no ha pagao entoavía con un amigo mío en Alcalá de los Gazules.

-Pos si es asín -objetó Rosalía, mirando con aire incrédulo al Ferrolano-, ¿por qué no platicas tú con él y le aconsejas que deje en paz a Joseíto?

-Porque eso sería darle que hablar más a las gentes, y además, que de este móo que yo digo mos podremos enterar ya de una vez de quién es el que manda en el corazón de la chavala.

La Miraflores quedó perpleja durante algunos instantes, y viendo su perplejidad el Ferrolano, continuó:

-Además, que si yo le hablara al de los Billares, podría enterarse Joseíto, y suponte tú si Joseíto se diba a conformar con que el otro le diera cuartel porque yo se lo mandara.

-¿Y si la Isabel te dice y les dice a sus padres que no se casa contigo ni manque la jagan compota?

-Pos si dice eso, le pondré yo boca arriba toas las cartas a la Isabel, y ya verás tú cómo entonces empieza a gritar que es a mí al que quiere con tos sus cinco sentíos.

-Y si, lo que no creo yo, ¿apechugara contigo por ser el ama de tu gaveta?

-Eso no pasará; pero si pasara, ya te lo he dicho: entonces pa el gallo de la Pasión o pa el Pollo de los Billares.

-¿Y si a Joseíto, al enterarse de la cosa, sin saber que es un paripé, se le va der to la chaveta?

-Pos lo encerraremos en un sótano.

-¿Y si embiste contra ti?

-Que me embista. To menos decirle la verdá, porque decirle la verdá sería llevarle a un despeñaero.

- XIII -

Yo no me caso con el señor Curro ni que me jagan catite! Y los ojos de Isabel, al decir esto, relampagueaban llenos de ira, y su voz era un grito de guerra formulado por una trompeta de oro y de cristal.

-Tú te casarás con el que a nosotros mos dé la repotentísima gana. ¿Tú te enteras?

-Eso no puée ser. Ustedes podrán tirarme al pozo, si quieren; pero lo que es cargar yo con el señor Curro, eso no puée ser; que yo, de casarme, no me caso más que con Joseíto, con mi Joseíto. ¿Tú te enteras?

-Pero ¿no es un dolor que pudiendo tú vivir de aquí alante como las propias rosas, a la vera de un hombre de bien y güen mozo y con parneses; con un hombre por el que están brincando las mejores mozas del barrio, lo desprecies tú por ese charrán, que bien podía ser más agracío y tener más consencia y acordarse más de que to lo que es se lo debe al Ferrolano?

-De eso mesmamente era de lo que el Ferrolano se debería acordar a toas las horitas del día y de la noche -exclamó Isabel con acento amargo y reticente.

Rosario inclinó los ojos ante la mirada resuelta de su hija, y murmuró, convirtiendo los ojos a las vigas de la techumbre:

-Y críe usted hijos pa esto, y quítese usted la vía por ellos, pa que aluego le den a usted este mal pago.

Y cubriéndose con las manos los ojos como para ocultar las lágrimas, quedó silenciosa, no sin dejar escapar de vez en cuando un hipo quejumbroso.

Isabel la contempló durante algunos instantes en silencio; pero no pudiendo resistir el impulso de una a modo de mano invisible que la impulsaba hacia su madre, se acercó a ésta lentamente y le dijo con acento conmovido:

-Vamos, marecita, que no es la cosa pa tanto.

-Vete de mi vera, so mala; vete de mi vera, que si a mí me hubieran dicho lo que diba a pasar, no hubiera sío yo la que te trajera al mundo.

En vano agotó Rosario el vasto arsenal de sus hasta entonces invictas armas para vencer la obstinación de su hija, que a cada nuevo acosón de aquélla, decíale con voz firme:

-De eso no hay na que, hablar. Yo, de casarme, no me caso más que con José, con mi José, con el Niño de los Caireles.

-Pos bien -díjole ya desesperada aquélla-: no te casarás con el Ferrolano, pero no te casarás tampoco con ese gachó, que es to betún de Judea. Y eso que me dices tú a mí, se lo vas a decir tú también al señor Curro, que dentro de na vendrá pa platicar contigo por la ventana.

-Por eso no se apure ustedé, que yo saldré a la ventana, y toíto lo que yo a ustedé le he dicho, se lo golveré a repetir al Ferrolano.

Cuando una hora más tarde éste, después de haber hablado con la Rocío por la reja, penetró en la casa, díjole Rosario apresuradamente:

-Ya comprenderá ustedé, señor Curro, que nosotros no tenemos la culpa de que Isabel tenga un mahacate por mollera.

-¿Y eso por qué es por lo que ustedé me lo dice?

-Pos se lo digo porque yo estoy que me ajogan con un torzal, porque ustedé pa mí es Dios uno y trino, porque no sé lo que diera yo por estar en el pellejo de mi hija pa estarme diciéndole a ustedé que sí desde ahora hasta que se me arrematara la cuerda.

-Pero, ¡camará!, u yo estoy tonto der to u es ustedé la que está tonta perdía, ¿A qué vienen esas cosas cuando a mí me ha dicho Isabel que yo soy pa ella el sol y la luna, y que lo único que siente es lo que va a tardar el cura en dicirme: «Esposa te doy y no sierva»?

Y el señor Curro remedó el tono solemne con que le hubieron de decir las mismas palabras allá en sus ya, por su desgracia, remotísimas mocedades.

La de los Jazmines abrió ojos y boca de modo desmesurado, y exclamó:

-Pero ¿es posible, señor Curro, lo que me está usted diciendo?

-Y tan posible -dijo en aquel instante, asomándose al umbral de su sala, la hembra más bonita que hasta por aquel entonces había parido madre, según decían, cabe el río más famoso de los que retratan el cielo andaluz en sus límpidos cristales.

- XIV -

Joseíto sentíase profundamente inquieto y desasosegado; era la hora en que solía hacer resonar en los oídos de Isabel la monótona, la invariable, la dulcísima canturía de su cariño; era la hora en que todas las noches sus ojos adormecíanse posados en la mujer querida; en que el perfume cálido que de ella emanaba abrasábale la sangre juvenil y poderosa; en que su pensamiento desnudaba procaz y lleno de sensuales codicias aquel seno valiente que ante él ondulaba afanoso y estremecido; en que todo lo veía como al través de aquella mujer a quien los cielos habían dotado, sin duda, de la condición divina de radiar como el astro, de abrasar como el fuego y de aromar como las flores.

Durante media hora paseó errabundo por el barrio; la charla y zumbas de sus amigos le aburrían de igual modo que las de las mocitas que, envidiosas y despechadas, claveteaban en él como en un alfilerero sus pérfidas reticencias y sus aceradas mordacidades.

Al pasar por delante de Antonia la Castañera, que sentada delante de una mesilla, al pie de un reverbero, ocupábase en avivar la llama del renegrido anafe, luciendo su rostro achatado y picaresco, su pelo lacio tocado de enhiestos claveles, y su vestido de urdimbre tan pobre como vistosa, le dijo:

-Oye tú, Caireles, ¿es verdá que ha vinio de Sivilla uno que cura los agrios?

-A ver, explícame tú eso mejor; que yo me entere -repúsole Joseíto, acercándose a ella y mirándola con torva expresión.

Antonia, que al ver la cara que había puesto Joseíto sintiose arrepentida, se encogió de hombros y le repuso:

-¡Qué querrás tú que yo te explique, salero!

Joseíto se alejó pensativo. Por más que hacía no acertaba a comprender las palabras de la Castañera ni la expresión compasiva con que otras mujeres habíanle mirado al verle pasar solitario de calle en calle; y como su inquietud parecía tomar más y más cuerpo lejos de la mujer amada, dirigióse hacia donde ésta vivía por el polvoriento cauce del río.

Cuando llegó frente a la vivienda de Isabel se detuvo; y como desde donde estaba podía ver sin ser visto la reja, sentose sobre una de las desigualdades del terreno y posó la mirada en el bien encalado albergue del ídolo de sus ensueños de amor, de la mujer que había

pulsado por vez primera en su pecho el mágico cordaje, hasta entonces mudo, de sus ardientes pasiones.

La noche era apacible y luminosa; centelleaban las estrellas en un cielo purísimo; un viento ligero llevaba entre sus flotantes tules las fragancias de los campos vecinos; el cauce partía la población como una recta de silencio, y en alas de la brisa llegaban hasta Joseíto cien vagos rumores, entre los cuales resonaba, de vez en cuando, el melancólico tañido de alguna vihuela o la cadencia sentimental de alguna copla gitana.

Durante una hora permaneció allí nuestro héroe, y ya se disponía a regresar más tranquilo al barrio, cuando un hombre se detuvo ante la ventana de Isabel, tamborileó con los dedos en los cristales y sintió nuestro héroe hasta sus oídos el rumor que hacía al entreabrirse la ventana.

Un sudor frío y angustioso cubrió su frente, y tras un instante de asombro y de incertidumbre, un grito inarticulado brotó de sus labios, y corrió Joseíto vertiginoso hacia el muro, que escaló, frente a la casa, con agilidad de acróbata; posó una mirada ansiosa en la reja, y «El Ferrolano», murmuró con voz ronca, con voz vibrante de rencor, al par que se dejaba caer desde lo alto del muro, y tras buscar en su cintura y en los diagonales bolsillos del marsellés, con manos crispadas, algo que sin duda no pudo hallar, corrió de nuevo vertiginoso por el cauce polvoriento y solitario.

Procuró Joseíto serenarse antes de penetrar en su casa, en cuyo umbral, sentada en un escalón en compañía de una de sus comadres, disfrutaba del fresco relente de la noche la Miraflores.

-¿Qué es eso? ¿Cómo tú aquí tan temprano? -exclamó ésta al ver a su hijo, el cual le repuso, procurando ocultar la tremenda emoción que le envolvía a modo de siniestra ráfaga:

-Na, que se me orvió al salir un encargo de Pepillo el Cucufate.

Y penetrando en su casa subió de dos brincos las escaleras, penetró en su cuarto, tomó de la alacena algo que ocultó rápido en un bolsillo, y ya disponíase a salir de nuevo, cuando, destacándose de la sombra del corredor, Rosalía le preguntó con acento tembloroso:

-¿Aónde vas tú, Joseíto?

-Ahí, al arregolver, que me está esperando el Cucufate.

-¿Y cuál es el encargo del Cucufate?

-Uno-repúsole aquél, ya vibrante de impaciencia y procurando ganar la escalera, lo que no pudo conseguir a causa de que su madre, cogiéndole enérgicamente de un brazo, le preguntó con acento sordo y mirándole con expresión asustada y sombría:

-Dime la verdá: ¿a qué has venío tú? ¿Se trata del Ferrolano?

-Pos bien, sí; del Ferrolano -rugió el Caireles, forcejeando por arrancarse de las manos de la gitana-; del Ferrolano, de quien yo te juro que esta noche me cobro toíto lo que me debe.

-Ya te guardarás tú de jurgar ni al pelo de la ropa al Ferrolano -le dijo la Miraflores con voz reconcentrada y mirándole sombría y amenazadoramente.

-¡Yo mato esta noche a ese hombre! -repuso Joseíto con voz siniestra y decidida-. ¡Yo te juro que le mato!

Y de tal modo hubo de decir esto el de los Caireles, que Rosalía quedose un momento como petrificada; irguiose después en imponente actitud; sus enormes ojos se posaron en los de aquél, despóticos y altaneros y, soltándolo de pronto, le dijo con voz dura, con voz que tenía algo de apóstrofe y de anatema:

-Pos bien, anda y mátale, si puées; pero sa menester que antes tú sepas que tú, entiéndelo bien, Joseíto, entiéndelo bien, que tú no puées matar al señor Curro el Ferrolano.

Y lo que la vergüenza y el maternal bochorno impidieron decir más claramente a la Miraflores, se lo dijeron a Joseíto sus ojos con imponderable elocuencia.

Joseíto debió leer, sin duda, de modo claro y preciso en ellos, pues mirando a su madre como asustado, quiso decir algo que no acertó a balbucir siquiera; se retrató en su semblante una pena infinita y un infinito desconuelo, y, tras breves instantes de un imponente silencio, un sollozo, un ronco sollozo, hinchó su pecho robusto y brotó ronco de su garganta, y volviéndose y apoyando contra el muro la calenturienta frente, rompió a llorar como si de pronto se le hubiera deshecho en lágrimas todo el corazón, y todos sus celos, y todas sus esperanzas.

- XV -

La noticia, la gran noticia, corría ya de boca en boca por el barrio. El señor Curro se casaba con Isabel la Rocío; aquél, en persona, iba pregonándolo por valles y por laderas, y no eran pocas las que, al comentar el desigual enlace, profetizaban un porvenir nada envidiable al famosísimo Ferrolano.

-Asín pagará algo de lo mucho malo que ha jecho cuando le cimbraba el talle.

-Pos que se ande con tiento el gachó con la Miraflores, porque lo que es esa gachí es mu capaz de cualisquier desavío.

-Pos el probe de José estará pa que le tomen la filiación, poique la verdá es que lo que le pasa tiée un trago.

-¡Vaya si lo tiée! Ayer lo vide, y pena me dio verle: al tobillo le llegaban las orejas.

-¿Y es verdá eso que dicen de que un sivillano que ha vinío no ha vinío más que por la Isabel, y que es un gachó que milagríto será que no meta la pata en lo del casorio?

-Eso son pamplinas. Cualesquiera se atreve a jurgarle al macho a la baticola.

-Pos a mí de quien me da lástima es del Caireles.

-Mira, hablando de Roma.... por allí víe Joséíto -dijo en aquel momento una de las vecinas.

No se había ésta equivocado, acababa aquél de desembocar por la esquina de la calle, pálido y cejjunto como se le veía siempre, desde la noche en que su madre le impidiera, mas que con los labios, con una mirada, tomar venganza de ta traición de Isabel y del Ferrolano.

-Adiós, Joséíto -díjole al verle pasar por delante de ella la Pelirroja, con acento afectuoso.

Joséíto la saludó con una forzada sonrisa, y siguió su camino hasta penetrar en el hondilón del Chafarote.

-¡Tú, Perico, tráeme dos cálices! -dijo al tabernero, sentándose junto a una de las mesas desocupadas.

-El de la amargura es el que te han jecho a ti beber, hijo mío -murmuró casi mentalmente aquél, hundiendo en la pileta de cinc del mostrador los desnudos brazos para enjuagar en ella los cálices pedidos.

Cuando el de los Caireles, diez minutos después, disponíase a abandonar el establecimiento, penetró en éste, gallardeándose con afectada jactancia, el Pollo de los Billares, el cual, al notar la presencia del un tiempo su rival, posó en él, al paso, una mirada irónicamente compasiva y gritó, sentándose junto a otra de las mesas desocupadas:

-A ver, ¿quién quíee ser el alma caritativa que le dé de beber a un probetico sediento?

El Chafarote, que, inclinado sobre el mostrador, observaba distraído el juego del Nene y del Serenito, dos de sus más conspicuos parroquianos, exclamó:

-Allá va el alma caritativa.

A la voz del de los Billares levantó la cabeza uno de los jugadores y dijo, dirigiéndose al recién llegado:

-Véngase usté, Ramón, si no lo tiée usté a menos, con nosotros.

-A más-repúsole aquél, acercándosele a la mesa, siempre con amanerado contoneo.

-¿Y quién es el que mal le quiere que por aquí le envía? -le preguntó, al par que arrojaba una carta sobre la mesa, el Nene al de los Billares.

-Pos he vinío a jacer hora, a ver si pillo en una garita que yo me sé a un centinela, al que apenitas conozco.

-Pero ¿es que tiée usté que darle el santo y seña pa esta noche? -Le preguntó chuscamente el Serenito.

-Puée ser que por lo menos le jaga yo enterarse, como a otros, de lo dificultoso que es el meterse en la banca en que yo tallo.

-Pos no es ese centinela a quien usté señala -dijo el Nene con acento socarrón -de los que no dan en arto.

-Pos eso mismamente es lo que a mí mejor me sabe -repúsole el de Sevilla sonriendo jactancioso-. A mí me gustan las mujeres con mu poca ropa, y los hombres, con muchísima cundinga. Y porque si no, porque se trataba de un chavalete, en lugar de visarle el ros, yo en persona le dije a la Isabel que no quería ver más al Joseíto arrimao a su ventana.

-Que está ahí el Joseíto -díjole el tabernero en voz baja al de los Billares.

-Ya lo sé -le repuso éste con un movimiento desdeñoso.

Y al notar que los jugadores callaban, como sintiéndose molestos por su charla provocativa y retadora, continuó:

-Y si es que a arguno de ustedes le ha molestao lo que yo he dicho...

El Serenito quedose mirándole del modo que solía hacerlo cuando sentía la mecha cerca de su santabárbara, siempre bien repleta de explosivos, y tal vez hubiérale contestado de modo fulminante a no acercarse en aquel punto al grupo el de los Caireles, preguntándole al de los Billares con acento sordo y sombrío:

-¿Decía usté que usté ha sío el que le ha prohibío a la Isabel el que platique conmigo por la ventana?

-Eso mismo que usté dice.

-¡Ah! ¿Conque fue usté...? ¿Conque es verdá lo que me han dicho esta mañana...? ¿Conque es usté el de Sivilla?

Joseito miraba como sin verle al de los Billares. Las palabras de éste acababan de encender, aunque mortecina, una luz en el ara oscura y desierta de sus muertas ilusiones; las palabras de Ramón habían hecho acudir de pronto en tropel a su memoria cien detalles

hasta entonces por él inadvertidos; los anzuelos en los que parecía querer engarzar misteriosamente una esperanza su madre; la resignación con que había acogido la noticia del proyectado enlace de Isabel con el señor Curro; la decisión inesperada de éste de solicitar para mujer a la Rocío, cuando hacerlo era correr a un enganche seguro con el temible baratero de Sevilla; el súbito olvido de Isabel de sus sagrados juramentos; éstos y cien detalles más, en fin, cayeron a modo de granizada de luz sobre su pensamiento, y estremecido y anhelante exclamó de pronto, dirigiéndose a su rival, que le miraba sorprendido:

-Una pregunta, na más que una: ¿qué día le dio usted la orden a Isabel de que no gorviera a platicar conmigo por la ventana?

-El mismo en que llegué, el día antes de la última vez que platicó usted con ella.

Un furtivo relámpago iluminó un momento el semblante de Joseíto, el cual continuó con voz acerada:

-Pos bien: yo le juro a usted que si me hubiera enterao de lo de su mandato, me hubiera hecho amarrar a la reja de la Rocío.

-Yo le hubiera a usted desamarrao -díjole fríamente Ramón-, o le hubiera dejao a usted allí en la misma postura en que de aquí a un ratillo dejaré, si no se va, el señó Curro el Ferrolano.

-Ni usted me hubiera dejao allí, ni usted dejara allí tampoco a ese hombre que usted dice,

Y el rostro del Caireles contrajose de un modo violento, centellearon amenazadoras sus hondas y negras pupilas, y su mano crispada hubiera caído sobre el rostro del de Sevilla a no decirle éste con voz glacial, al par que lo sujetaba brioso por la muñeca:

-No me parece éste el sitio mejor pa que platiquemos nosotros; eso ya lo arreglaremos esta noche u cuando haiga dicho al señor Curro lo que tengo que decirle, que es cosa que me interesa.

Y frío y reposado, mientras el Nene y el Serenito procuraban conducir hacia la puerta a José, se volvió a sentar el Pollo, y exclamó, sonriendo apaciblemente, al Chafarote:

-Hombre, tráeme otras dos, que de tanto hablar se me ha seco la garganta.

- XVI -

-¡Qué doló, qué doló de criatura!

Y la señora Pepa la Farotona tornaba al cielo los ojos húmedos y dolientes y los brazos nudosos y renegridos como sarmientos, mientras un abigarrado grupo de hembras y de rapaces la interrogaba curioso, dolorido y alborotado.

-Pero ¿es verdá que ha sío el de los Billares?

-Sí, hija, el de los Billares.

-Y diga usted, señá Pepa: ¿lo han cogío u no lo han cogío?

-¡No lo han de coger, si el Joseíto lo dejó alicortao y alicortao de verdá! Como que el probetico le tiraríá con las ansias de la muerte.

-¡Y to por mo de Isabel la sevillana!

-Y diga usted, señá Pepa: ¿le han dao ya la noticia a la probe de Rosalía?

-Sí, hija, y dicen que está que parte los corazones, y tan loca de pena, que se ha necesitao pa sujetarla to un retén, y Pepe el Pupi, que fue uno de los que la sujetaron, ha salío con una dentellá en un pómulo que se ha tenío que llevar la túrdiga en el bolsillo.

-¡Probe Rosalia! -gimoteó la señora Gregoria la Tomicera.

-Pa probe Joseíto. ¡Qué lástima de chaval, tan regracioso y tan pinturero como era!

-¿Y usted le ha visto, señá Pepa? ¿Usted le ha visto?

-Ya lo creo que sí; a dambos, a Pepe y al charrán del de los Billares, al que cuando yo llegué se lo llevaban pa la Casa de Socorro sentao en una silla.

-En una bayoneta le hubiera sentao yo endispués de haberla afilao por el filo y el contrafilo, por cobarde y por traicionero.

-No, eso no -dijo Juan el Machacante, que acababa de incorporarse al grupo-; traicionero no, que dambos han peleao como dos hombres que eran.

-Pero si Joseíto era un chavalillo cuasi.

-Pos no arremetía mu de chipé el chavalete, icamará!, que se comía al de los Billares, y cuando éste le mojó ya estaba él cuasi pidiendo los Santos Oleos,

-Y oiga usted, señor Juan: ¿es verdá que la cosa ha sio por mo de la de Sivilla?

-Eso dicen, y sigún me ha contaó el Churumbela, ya dambos habían tenío palabras en ca del Chafarote, y cuando el Joseito salió de ca del Chafarote, como sabía que el otro tenía que pasar por frente a la Pirindola, pos se puso a esperarlo frente a la Pirindola, y en cuanto le vio llegar se fue pa él, le dijo que metiera mano al jierro, y toma tú y dame tú, y ésa pa

mí y ésta pa ti. Y lo que pasa, que cuando ya el de los Billares tenía agenciá una de las de órdago por debajo del ombligo y dos de las de dos meses y un día, ya casi cayéndose el gachó, metió el brazo, y na, que el probe de Joseíto dio un berrio y una voltereta y pataplum, se acabó lo que se daba.

-Y diga usted, señó Juan -preguntó a éste Dolores la de las Tomizas-, ¿no se lo han llevao entoavía de la Pirindola?

-Entoavía no, pero se lo van a llevar ensegúa.

-Pos yo voy a ver si le veo.

Y pocos minutos después contemplaba Dolores con ojos conmovidos, no sin haber tenido que abrirse paso a rumbo de valentía por entre la apiñada muchedumbre, el cuerpo de José, que exánime sobre el polvoriento camino, destacábase con los brazos en cruz, de par en par los magníficos ojos, en los que aún parecía destellar un relámpago de ira y de braveza, entreabierto los labios exangües, que dejaban ver la nítida dentadura, sobre la frente la hirsuta y negrísima guedeja, el perfil afilado, la tez espantosamente pálida, empapada en sangre tan roja como el pañuelo carmesi que ceñíale la garganta, la blanca pechera de la camisa y parte del ceñidor azul, y todo él bañado en una radiante oleada de sol que hacía brillar con vívidos cambiantes los alamares de plata que adornaban su marsellés de terciopelo, y en los cuales se hubo de inspirar, sin duda, el que llamara por vez primera a Joseíto el Niño de los Caireles.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

